

► La megalópolis inabarcable



■ por Sandra Calvo y Pedro Ortiz

El Cairo, Bangkok o Calcuta figuran en el imaginario colectivo como ciudades infierno: población masiva, pobreza, crimen, tráfico vehicular, contaminación, planificaciones urbanas desastrosas. En la megalópolis cada variable que observamos es desproporcionada y conflictiva.

A partir de los años setenta se produce la explosión de las grandes ciudades del mundo: Lagos, el Distrito Federal, Bombay, Los Angeles, Yakarta, Shanghai. Ciudades del mundo “desarrollado”, ciudades “en vías de desarrollo”, ciudades “de nueva industrialización”, ciudades “post-comunistas”,

forman parte de una red global de megaciudades que va ganando poder frente a los Estados nacionales.

Estas ciudades se extienden en conurbaciones sin forma definida, su perímetro es difuso, los límites son como áreas fuera de foco, es difícil distinguir dónde acaba la ciudad, y ni siquiera desde un avión pueden ser abarcadas con la mirada.

Si tomamos la ciudad y su área de influencia inmediata, Tokio tiene 33.9 millones de habitantes; México DF, 22.1; Nueva York, 21.9, lo mismo que Seúl; Bombay y Sao Paulo 19.9, respectivamente.¹ Nunca antes en la historia se habían producido concentraciones humanas de tal magnitud.

La megaciudad dista de ser un mero accidente demográfico, un error o una catástrofe irremediable, es un hito más en el proceso de urbanización acelerada del mundo. Las megalópolis no aparecen antes de la segunda mitad del siglo XX a pesar de que los flujos migratorios del campo a la ciudad se han dado con amplitud desde el inicio de la revolución industrial, y de que la tendencia a concentrar poder y recursos en una ciudad capital no es ninguna novedad histórica. Las megaciudades aparecen cuando se dan los medios tecnológicos, logísticos y organizativos que hacen viable una colmena humana de más de 15 millones de habitantes.

La megalópolis es, por tanto, un logro humano, una invención, una revolución urbanística, como fue la construcción del primer rascacielos o la creación de los bulevares en París. Estas ciudades han aparecido para quedarse, y responden a un cambio de relaciones de poder, socioeconómicas y tecnológicas de nivel planetario. Debemos aprender a vivir en ellas, entender que sus problemas son de índole y magnitud distintas.

Desafortunadamente, la ceguera o el cinismo de la tecnocracia dominante en las megalópolis - partidos políticos, gobierno local, planificadores urbanos, burócratas ligados a sistemas de

atención social, la elite local, y los lobbies empresariales- es quizá uno de los vicios de origen que las lleva hacia el desastre.

El orden político es continuamente superado, abrumado, por la realidad, y no puede atender problemas básicos de sus habitantes: vivienda, luz, agua, trabajo, educación, seguridad, transporte. Sus proyectos de desarrollo suelen ser superficiales, débiles e insuficientes. El tejido urbano se degrada rápidamente. Las formas clásicas de representación política parecen incapaces de dar respuesta a las necesidades que plantea una megaciudad.

Estas ciudades se integran en una lógica global más que nacional, son el punto de enlace entre la economía mundial y regiones que ofrecen salarios baratos y maquila. Ciudades en transición de una economía de manufactura e industria a una economía de comercio, finanzas y turismo.

Las megaciudades atraen más población de la que pueden soportar. Grandes cantidades de gente en busca de trabajo, sin apenas recursos para llevar una vida decente, se asientan en la megaciudad y su área de influencia. Olas migratorias masivas que, en su tránsito del campo a la ciudad, quedan atrapadas indefinidamente en favelas y barriadas, conocidas en México como asentamientos de paracaidistas tales como El Zacatón, El Diamante, Jilotepec Dos, Primavera Verano, Atocpan, y muchas otras. Son casas de lámina, de latas de refresco, de cartón, de hule, de llantas. Es posible ver desde la Torre Latinoamericana cantidad de paracaidistas que se asientan sobre los volcanes y los cerros de la ciudad.

La informalidad creciente de los asentamientos urbanos y la actividad económica de sus habitantes hace más difícil medir esos fenómenos con los indicadores tradicionales. Por ejemplo, es complicado saber a ciencia cierta cuánta gente vive en la ciudad, puesto que realizar un censo completo es una labor imposible. Una gran población flotante e invisible escapa a las categorías que utilizan los estadísticos para censar una ciudad. No tienen identificación, ni cuentas de teléfono, agua o electricidad, no pagan impuestos, ni alquileres, viven en casas de cartón, de lámina, en edificios abandonados.

Los derechos políticos se basan en un censo correcto de los ciudadanos, la legitimidad de la democracia en la ciudad se resiente cuando amplias capas de la población son invisibles, sin identidad, ni derechos.

Las megalópolis son espacios de segregación y de un brutal contraste social. Muchos deben sobrevivir al amparo de la economía informal y el ambulante. En las calles del DF se observa un despliegue de todos los oficios y actividades imaginables, jóvenes y niños compiten por las mismas ocupaciones: franeleros, diableros, pepenadores, limpiaparabrisas, prostitutas, boleadores, ambulantes. Las grandes cadenas de supermercados emplean a niños, conocidos como cerillos, quienes no reciben un sueldo y viven de las propinas, tienen que pagar el uniforme que visten y la mercancía que se daña o desaparece. La paradoja es que abunda el trabajo y al mismo tiempo es sumamente difícil retenerlo.

La actividad económica de la megaciudad es frenética, su ritmo es acelerado, hay un enorme trasiego diario de gente, recursos y energía. Grandes cantidades de efectivo circulan a todas horas del día en la ciudad, en los mercados como Tepito, La Merced, la Central de Abastos, y el origen del dinero es casi siempre desconocido y restringido.

El crecimiento económico beneficia a unos pocos y deja de lado a buena parte de la población. Mientras las clases populares subsisten con sueldos de miseria, sus elites concentran un enorme poder político y económico, hacen una exhibición casi obscena de su glamour y riqueza.

En este contexto, la tecnocracia urbana, lejos de integrar el crecimiento de la ciudad, ha hecho prevalecer sus intereses privados por encima de los públicos, lo exclusivo por encima de lo inclusivo. Como dice David Harvey en *The Urban Experience*: “el espacio urbano es

fragmentado en áreas bajo control de poderes privados, se inhibe la libre circulación de sus habitantes, se promueven los lugares vallados en vez de los lugares abiertos”.² Es común que los espacios privados estén sumamente cuidados y los públicos desatendidos. Por ejemplo, los parques infantiles de los camellones de Río Churubusco o avenida de Las Torres parecen abandonados, mientras, por otro lado, no se escatiman recursos para que la zona financiera de Santa Fe se vea limpia y ordenada.

La decidida apuesta por el coche privado como medio de transporte ha generado una ciudad extendida y polinucleada, ha transformado el paisaje urbano de la megaciudad en una serie de suburbios conectados por autovías. Las ciudades se diseñan para el coche privado a pesar de que el transporte más utilizado es, en primer lugar, el camión y el microbús, en segundo, el Metro, en tercero, el desplazamiento a pie. El coche privado ocupa el décimo lugar.³ Resulta desconcertante que en el DF los proyectos de vialidad más costosos y ambiciosos, como el segundo piso del Periférico, se desarrollen para el uso exclusivo del coche.

El crecimiento fragmentado y desigual de la megalópolis ha ahondado la división social por áreas urbanas: jóvenes o viejos, privilegiados o marginados, oficinas y hogares, tienden a distribuirse separadamente. En el sur y el poniente de la ciudad de México se concentra la elite, y al este las clases menos favorecidas.

Dentro de la lógica de fragmentación del espacio urbano se inserta el desarrollo de lo que Stephen Graham llama premium networked spaces:⁴ áreas financieras y de negocios exclusivas de administración semiprivada, como Santa Fe en el DF; vías de transporte inteligentes de pago sólo al alcance de la elite; construcción de malls y centros comerciales, o lo que Graham denomina infraestructural consumerism: centros de consumo de arquitectura fortificada aislados de su inmediato entorno urbano, a los que sólo se puede llegar en coche -es el caso de Mundo E, Perisur, Plaza Santa Fe-; condominios horizontales vallados, vigilados por circuito de TV y fuerzas de seguridad privadas, construidos entre favelas. Entre otros elementos que fragmentan, segregan y privatizan el espacio de la megaurbe, desincentivan la vida de calle y empobrecen la relación entre sus ciudadanos.

Como cuenta Teresa Caldeira en City of Walls,⁵ las elites de la megalópolis viven en enclaves fortificados, condominios horizontales amurallados, privadas con todos los servicios posibles para vivir una vida sin salir detrás de los muros: deportivo, centro comercial, club social, golf, alberca, kinder, estéticas. Los condominios, los clubes sociales, las universidades de Interlomas o Santa Fe están planeados como enclaves fortificados a los que se puede acceder únicamente en coche y tras una debida identificación.

La elite toma ventaja de la mano de obra barata para emplear personal doméstico: de limpieza, cocineras, nanas, choferes... en algunos casos ni siquiera ofrecen un salario, sólo dan alojamiento y comida a las “muchachas”.

Las clases privilegiadas transitan en autos blindados a sus lugares de trabajo que, a su vez, cuentan con estrictas políticas de identificación y vigilancia. Los lugares de esparcimiento y ocio cuentan con tácitas reglas de admisión que limitan la entrada por razones de etnia o nivel social. El espacio urbano está cada vez más segregado, y van desapareciendo poco a poco los lugares donde antes compartían gentes de distinto origen y condición. Hoy en día la Alameda Central o Chapultepec se consideran lugares de paseo para la clase popular. El uso del transporte público, andar a pie, queda relegado a las clases menos favorecidas.

La experiencia moderna de la ciudad, la libertad de caminar libremente por las calles y mezclarse con gente de todo tipo, está tocando su fin en las megalopolis. La nueva experiencia de la ciudad consiste en espacios restringidos y vigilados, zonas peligrosas, temor a salir de noche, a cruzarse con extraños, miedo y falsos estereotipos -el pobre es peligroso-. Nadie quiere cargar joyas, ni mucho dinero, de noche da miedo detenerse en los semáforos, circulamos con las ventanas

cerradas y los seguros puestos. Sin embargo, la mayor parte de los delitos ocurre en sectores pobres, así como los abusos constantes se ejercen hacia los que no saben expresarse, no pueden defenderse, no cuentan con ninguna “palanca”.

La elite se apropia de manera agresiva del espacio público bajo el pretexto de la falta de seguridad. Los gobiernos locales mandan a las fuerzas policiales a limpiar las calles de gente no deseable: prostitutas, niños de la calle, dealers y limosneros.

En su versión extrema, comerciantes de Sao Paulo organizaban hace unos años batidas parapoliciales para asesinar niños de la calle. En su versión más civilizada está la famosa teoría de “las ventanas rotas” del profesor de Harvard, James Q. Wilson, aplicada por Giuliani en Nueva York. Según esta teoría, el pequeño desorden en las calles -suciedad, prostitución, drogadictos, degradación de edificios- conduce a un desorden mayor, y al crimen en último término. Si la policía garantiza ese mínimo orden en las calles se evitarán males mayores. Sin embargo, limpiar la violencia de la ciudad con medidas cosméticas y sin políticas sociales acaso pueda ser un éxito en una ciudad de primer mundo como Nueva York, pero es ingenuo pensar que funcionará de la misma manera en Sao Paulo o el DF.

En la ciudad de México, por si fuera poco, integrantes de las fuerzas de seguridad, que deberían ayudar a preservar el orden y la convivencia, se apropian de forma corrupta y mafiosa del espacio público. Parasitan el trabajo de los ambulantes, prostitutas, limosneros, franeleros y niños de la calle. Siempre se les observa allí donde hay posibilidad de extorsionar al débil.

La creciente segregación social, la fragmentación y aislamiento del tejido urbano, como bien ha descrito Teresa Caldeira,⁶ lejos de aumentar la seguridad de la megaciudad, la hace más frágil, más vulnerable a la delincuencia. Antes la gente del barrio ejercía un control constante y cooperativo sobre la calle, había niños jugando en las banquetas, mujeres haciendo la compra, gente mayor sentada a la puerta de sus casas platicando, muchachas tendiendo la ropa, carpinteros trabajando en talleres abiertos a la calle. De forma colectiva ejercían una vigilancia implícita basada en la cooperación, no en el aislamiento. Hoy en día nos pueden asaltar en un condominio privado y vigilado sin que ningún vecino lo advierta o quiera advertirlo. Vivir aislado en enclaves fortificados es más peligroso, te conviertes en un blanco fácil.

La tecnocracia urbana, lejos de integrar el crecimiento de la ciudad, ha hecho prevalecer los intereses de la elite, ha contribuido a la fragmentación del territorio urbano y, además, es incapaz de atender los problemas básicos de sus habitantes: vivienda, luz, agua, trabajo, educación, seguridad, transporte. Amplios sectores de la población quedan descolgados, sin participación, sin voz, sin derechos ciudadanos.

Afortunadamente, como reacción a una sociedad tan segregada, hay una emergencia de organizaciones no gubernamentales, asociaciones vecinales y otras formas de acción colectiva espontánea, que luchan por los menos favorecidos. En su agenda figuran derechos de inclusión, reconocimiento, y participación política; derechos de propiedad de la tierra; vivienda duradera y adecuada; acceso a los recursos de la infraestructura urbana (electricidad, transporte, agua y drenaje); derechos a servicios de salud, alimentos y medicinas subsidiados, apoyos a la tercera edad, escuelas y seguridad.

Proponen una nueva forma de hacer política en la ciudad. El poder municipal debe negociarse entre el establishment y movimientos provenientes de la sociedad civil, de forma que los problemas de la megalópolis puedan ser abordados en su verdadera complejidad y se facilite la conjunción del interés público y el privado.

El barrio de Tepito es un buen ejemplo para ilustrar esta nueva forma de hacer política, como comenta Gustavo Esteba en su ensayo Tepito: No Thanks, First World. Ahí se narra cómo los tepiteños elaboraron un proyecto de rehabilitación de su vecindad, un plan sencillo que consistía

en “reforzar muros, proteger techos, al mismo tiempo que enriquecía el tejido social, sus formas de convivencia y solidaridad”. Este plan no sólo no implicó ningún costo para la ciudad, sino que además obtuvo un primer premio internacional de la UNESCO.

En contraste, el segundo piso del Periférico fue un proyecto de política unilateral que no tomó en cuenta las necesidades de la ciudadanía. El segundo piso es un proyecto de costo excesivo; desaconsejado por los ingenieros y técnicos por su vulnerabilidad sísmica, en los terremotos de Los Angeles y Kobe se comprobó que los dobles pisos son un desastre; no es una respuesta eficaz a la mejora de la vialidad y tampoco responde a las prioridades del transporte público en la ciudad de México.

Grupos de urbanistas, arquitectos, abogados trabajan por hacer habitables favelas y barriadas en mancuerna con sus habitantes, uniones de colonos -como la San Miguel Teotongo, en Iztapalapa- luchan por definir el estatus jurídico de áreas de la ciudad que aparecen en los mapas como una mancha en blanco y un nombre: espacios públicos abandonados; terrenos privados que los propietarios han dejado invadir a la espera de una indemnización del Estado.

Trazar calles, censar a la población invisible, dotar de equipamientos y servicios, que se recoja la basura, que se habilite un pequeño centro médico, generar espacios de ocio. Este tipo de acción colectiva de base, enraizada localmente, que integra a los propios ciudadanos en su estructura, en contraste con las políticas de la tecnocracia dominante, es lo que el antropólogo Arjun Appaduray llama Deep Democracy.⁷ Esas organizaciones se aproximan de forma distinta a los problemas de la megalópolis, dando voz y medios de expresión, articulando y satisfaciendo las demandas que de otra forma nunca serían escuchadas.

Es importante preservar el desarrollo de ambos niveles de acción política, la negociación entre la tecnocracia y las asociaciones y movimientos locales, para que la complejidad de los problemas de la megalópolis sea tratada adecuadamente. Un problema frecuente de la acción colectiva de base en la megalópolis es que puede derivar fácilmente de una asociación virtuosa, es decir, aquella que en la lucha por sus intereses mejora al conjunto de la comunidad, a una organización de tipo mafiosa o egoísta, que es aquella que únicamente beneficia a sus integrantes.

Muchas veces los ciudadanos sufren el chantaje de la acción política de alguno de estos movimientos. Colectivos que creen poder detener y bloquear calles y avenidas, plantarse en plazas durante tiempos indefinidos, destruir mobiliario urbano, herir policías o bloquear una universidad pública; por más que sus demandas sean legítimas o deban ser escuchadas, están ocupando por la fuerza el espacio público y afectando a ciudadanos que nada tienen que ver con sus demandas.

También hay colectivos que en su actividad económica o de supervivencia -véase el caso particular del ambulante- hacen valer sus intereses por encima del resto de la ciudadanía. Ocupan banquetas y vías públicas, convierten las calles en basureros, se cuelgan constantemente de la luz y se muestran reticentes a negociar sus espacios con los demás.

La megaciudad no es un error ni una catástrofe, es una nueva forma de expresión de la ciudad. Las viejas formas de representación política deben evolucionar en espacios que albergan colmenas humanas de más de 15 millones de habitantes. El establishment político, la tecnocracia, debe aprender a negociar sus espacios de poder con agrupaciones locales, organizaciones no gubernamentales que tienen otra perspectiva de los problemas de la ciudad y sus soluciones. Por medio de estos movimientos se pueden incluir los intereses de la gente que vive marginada y excluida. La evolución de esas formas políticas es urgente si queremos que nuestras ciudades sean habitables. n

[Cerrar](#)[Imprimir](#)